

IX.

Abandonado á tanto padecer, ¿ es posible que te mire el alto cielo, sin darte siquiera alivio en tanta pena, en angustia tanta? nó: que el amoroso ruego que elevaste al Padre celestial, en cuyo seno fuiste engendrado, subió ya hasta las gradas de su trono; de entre las nubes que acá y acullá están sembradas, se desgaja con portentoso un hermoso grupo que semeja la peana del celeste mensajero. Debilísimos reflejos despide la vision maravillosa, y descúbrese melancólico y sombrío el ángel encargado de la mision tremenda. En su semblante está pintada la tristeza; su mirada es respetuosa y de ternísimo amor; toca apenas al suelo, cuando hincada la rodilla, se prosterna ante el Hijo del hombre, y abatida la frente, besa la tierra regada con el sudor de sangre. Ya despliega sus labios; ya le habla; ¿ qué le dice? Mortal, no pretendas saberlo: retráete, mantente léjos..... no oses escuchar las palabras que articula el mensajero divino, al proponerse confortar al que criara al mensajero y el mundo.....— *J. B.*

(Número de la Revista correspondiente
á 1.º de mayo de 1843.)

SITUACION DEL CLERO ESPAÑOL

Y URGENTE NECESIDAD DE UN CONCORDATO.

ARTÍCULO 2.º Y ÚLTIMO.

Dijimos en el número anterior, que era conveniente separar en cuanto posible fuese, las cuestiones eclesiásticas de las políticas; y que era muy arriesgado el asentar por inmutable base, la necesidad de aplazar la resolución de las primeras, hasta que las segundas estuviesen decididas en todas sus partes. Las razones que á esto nos inclinan están ya expuestas; y reasumiéndolas en dos palabras pueden reducirse á que no existe una necesaria dependencia entre estas dos cuestiones; que las políticas podrian prolongarse indefinidamente, y llevan visos de no tocar todavía á su fin; que la misma resolución de las políticas no fuera una segura garantía de la satisfactoria resolución de las eclesiásticas; que en esto podríamos tener adversarios en lo interior, y recibir dañosas influencias de lo exterior.

Ha llegado el abatimiento del culto y clero á un punto tan alarmante, es tal la complicacion que se ha formado

en los negocios eclesiásticos, son tantos y tan varios y tan difíciles los asuntos que se han de arreglar, que ya se ha hecho imposible salir de situación tan apurada, sin mediar la autoridad pontificia, sin preceder un amistoso acuerdo con la Santa Sede. Mírese la cosa bajo el aspecto que se quiera, dése rienda suelta á la imaginación, entregándose á las suposiciones mas caprichosas, prescíndase, si place, de los intereses de la religion misma, atendiendo tan solo á las miras de conveniencia pública; no hay tranquilidad posible para las conciencias, ni seguras garantías de una paz sólida y duradera, sin el restablecimiento de las relaciones con la corte de Roma. Estò no es simplemente la expresion de los deseos de un espíritu católico; es, además, un pensamiento social y político, cuya realizacion reclaman de consuno las necesidades mas apremiadoras y urgentes que afligen nuestra desgraciada patria; pensamiento que ha servido de guia á las naciones católicas cuando han tratado de repararse de dilatadas catástrofes; pensamiento que concebido y ejecutado por Napoleón á pesar de los murmullos de los volterianos y de otros enemigos de la Santa Sede, sirvióle admirablemente para restablecer y asegurar el órden en Francia, para calmar la irritacion de los ánimos é inclinarlos á la concordia, levantando de esta manera el robusto pedestal desde el que sojuzgó la revolucion é impuso respeto á todas las potencias de Europa. Tan pronto como se desvió de esta línea de conducta, empezó su decadencia. Si esto se verificó en Francia, ¿qué no sucederia en España, donde la religion católica se conserva todavía con tanta fuerza, donde la inmensa mayoría no ha participado aun de las ideas impías?

Es por consiguiente de la mayor importancia que todos los hombres amantes de su patria aunen sus esfuerzos para que se calme la irritacion que en este punto se habia introducido; haciendo de manera que los gobiernos, sean cuales fueren sus ideas en política, vayan participando del mismo espíritu que se observa en la sociedad; el cual con-

siste en que la inmensa mayoría de la nacion desea vivamente la reconciliacion con la Silla de Roma, y el resto, aunque poco ocupado de los intereses religiosos, lo desea tambien, para asegurar la tranquilidad de las conciencias, afianzar el órden público, y acabar de una vez con esa serie de altercados, que solo sirven á nutrir la discordia, y á perpetuar el predominio de pasiones y rencores que debieran haberse olvidado para siempre.

A los que juzguen que lo que estamos escribiendo son meras utopias, que solo tienen posible su realizacion en los deseos del escritor y en su anhelo para que la religion salga de la penosa situacion en que se encuentra, les recordaremos el ejemplo de América, donde las cuestiones políticas se han separado de las eclesiásticas, donde á pesar de la anarquía de las guerras civiles y hasta de las pretensiones de los monarcas de Europa, se halla afianzada la unidad católica, y en buen pié las relaciones de los gobiernos con la cátedra de San Pedro. ¿Qué seria de la religion en América, si los asuntos eclesiásticos se hubiesen vinculado con las cuestiones interiores y exteriores, de manera que no se hubiesen restablecido las relaciones con la Sede Apostólica hasta haberse decidido cuál habia de ser la forma de gobierno que en definitiva debia prevalecer, cuál el partido que debia dominar, cuál el resultado de las negociaciones con los gobiernos de Europa al efecto de alcanzar el reconocimiento de la independenciam? Estas cuestiones no se han resuelto todavía completamente; y si á este paso hubiera debido caminar la cuestion eclesiástica, no estarian ahora las repúblicas de América enviando á Roma sus embajadores para alcanzar del Padre Santo colonias de misioneros, con la mira de fecundar de nuevo aquella tierra que tiene sed de verdad, y que no se la puede proporcionar cual desea, por falta de operarios que le suministren la divina palabra.

No desconocemos que la situacion social y política de España, por lo tocante á lo interior y exterior, es muy diferente de la de las repúblicas de América; pero no por

esto deja de ser verdad, que es tal la complicacion de nuestros negocios, que bien posible seria que al fin se haga necesario prescindir aquí, como se hizo allí, de las cuestiones políticas en el arreglo de las eclesiásticas.

Preciso es no perder de vista que la religion católica tiene en España bastante vigor para sostenerse por sí misma, sin que haya menester como auxiliares indispensables, las ideas y los intereses políticos de ningun partido. La Providencia se ha dignado manifestarlo de una manera admirable; Dios se ha complacido en hacernos palpar, que para conservar su obra no necesitaba de nuestro débil concurso, que le bastaba su omnipotencia. Véase lo que nos enseñan los acontecimientos que hemos presenciado, y dígame si no ofrecen un cúmulo de graves reflexiones á un espíritu que contemple las cosas bajo un punto de vista religioso. ¿Dónde están los auxilios materiales con que haya podido contar la Iglesia de España de muchos años á esta parte? ¿dónde el escudo humano que la haya cubierto contra los formidables golpes que ha tenido que sufrir? ¿dónde el valimiento de los partidos que le prometieron apoyo? Perdidos sus bienes, destruida su influencia política, contrariado su ascendiente sobre el pueblo, blanco de innumerables ataques, se ha encontrado sola, abandonada á todo el rigor de su suerte, sin mas esperanza que la misericordia del Dios, cuya fe proclamaba y cuya causa defendia. Y sin embargo, á pesar de tanto desamparo, á pesar de tantos enemigos, no ha perecido; consérvase todavía en medio de la sociedad; y sus mismos adversarios se llenan de asombro al contemplar cual sale radiante y pura de en medio de tan amargas tribulaciones.

Infiérese de lo dicho, que la fuerza de la religion católica en España es muy superior á la de todos los partidos políticos; y que ninguno de ellos puede gloriarse de que sin su apoyo y auxilio esté necesariamente condenada á perecer. Con lo que se manifiesta mas claro, que no es tan extraña la idea que hemos emitido, de la separacion de las cuestiones eclesiásticas y políticas, y de que las cosas pue-

den llegar á tal extremo, que bajo una ú otra forma se haga preciso resignarse á adoptarla.

Quizás sea mas hacedera esta separacion, de lo que algunos se figuran; pues que es evidente que se va realizando por sí misma, antes de que en ella hayan pensado los hombres. Al principio de la revolucion, las cuestiones eclesiásticas eran el caballo de batalla de los partidos; en todo entraba el clero, en todo figuraban sus rentas, en todo se mezclaban las desavenencias con Roma; en la actualidad sucede muy de otra manera; y si bien los mismos objetos se ofrecen á la vista todos los días cuando se abraza el conjunto de la situacion, se conoce inmediatamente que no figuran como principales, y que no pocas veces, no tienen mas que un valor aparente y facticio, que les dan el interés y las miras de los partidos. Este fenómeno es muy natural: la revolucion destructora por esencia se ensañó contra todo lo que presentaba cuerpo y ofrecia algun cebo á las pasiones que ella representaba. En este caso se encontraba el clero: y así es que fué la primera victima del empuje revolucionario. Pero las circunstancias han variado completamente; las comunidades religiosas han desaparecido, sus bienes se hallan en buena parte en manos de nuevos poseedores, y sus individuos andan dispersos, ó peregrinando en país extranjero, ó viviendo en su patria en la oscuridad y en la miseria. El clero secular ha sufrido tambien dolorosos quebrantos, no tan solo con la supresion del diezmo y con la incorporacion de sus propiedades al erario, sino tambien por el abatimiento á que le llevara el ascendiente de las nuevas ideas, el cambio del sistema político, la falta de sus pastores, el decremento del número de sus individuos, la falta de medios para procurarse la instruccion correspondiente, la imposibilidad de repararse con nuevos ordenados, y los cien y cien contratiempos y humillaciones que ha tenido que sufrir durante los calamitosos y turbulentos años que hemos atravesado. Ha resultado de aquí, que la revolucion no ha visto ya en el clero, ni un enemigo que abatir, ni un opu-

lento que despojar; y por lo mismo enderezando sus miras á otros puntos, á ellos ha dirigido sus golpes cuando le ha sido posible, y sus dieterios y amenazas cuando para mas no se ha sentido con fuerza.

Es digno de notarse el curso que en este particular han seguido las ideas y los acontecimientos. Luego de la muerte del Rey, al comenzar la guerra civil, cuando se temia que la generalidad del clero no se abalanzase á la causa de D. Carlos, y estaba muy reciente el antiguo órden de cosas, mostraron cierta antipatía contra el clero todos los matices mas ó menos subidos del partido liberal; creemos que nadie lo habrá olvidado; pero si álguien llevase á mal nuestro aserto, le remitiremos á los periódicos de la época y á los hechos del gobierno y de sus subalternos. Arreciando la revolucion, enardeciéndose la guerra, y presentándose la situacion de una manera muy distinta de lo que se habia esperado, comenzó á cejar una parte considerable del partido liberal, y á manifestar simpatías que antes no se le habian conocido. Anduvieron en aumento estas simpatías, á medida que la division entre los liberales se hacia mas fecunda; siguiendo en progresion ascendente con notable rapidez, segun en sentido opuesto se desenvolvia con mas fuerza el elemento revolucionario. No sabemos si se ha parado bastante la atencion en este movimiento, que mas ó menos se verifica y debe verificarse en todos los países colocados en situaciones semejantes; pero á quien no recordare cuáles han sido las sucesivas transformaciones que en esta parte se han presenciado, le aconsejamos que recorra las sesiones de Córtes del año 35, 38 y 40. Tres épocas en que dominó el mismo partido, y en que por los mismos ó por distintos órganos, pudo manifestar sus ideas, sus instintos, sus medios de gobierno. En el año 35 era poca la distancia que separaba los dos partidos; atrevíanse apenas á confesar diferencia en las doctrinas, ni divergencia en el objeto; solo disputaban sobre los medios, la cuestion era únicamente de oportunidad; en el año 38 se habian alejado ya mucho mas; y en el año 40

difícilmente se hubiera podido señalarles algunos puntos en que estuvieran de acuerdo. De donde ha resultado, que el partido conservador ha ido apartándose de la escuela en que mas ó menos se habian formado sus principales individuos; hallándose por fin en tal situacion, que léjos de mostrar contra el clero ninguna antipatía, se ha declarado su ardiente defensor, dejando entrever que no se desdenaría de contraer con él una verdadera alianza.

Por lo que toca al partido opuesto, abrazando en él todos los matices mas subidos del partido liberal, tambien son notables las variaciones que ha ofrecido con respecto al clero. En el año 35, colocado á la cabeza del arranque revolucionario, dirigia sus esfuerzos contra la existencia del clero regular, y contra las propiedades y el poder del secular; como que en esto veia un recuerdo de lo pasado, y un obstáculo á las innovaciones en el porvenir. En el año 37 cuando destruidas ya las comunidades religiosas, y quebrantada la influencia del clero secular, la revolucion triunfante no veia delante de sí un adversario temible, contentábase con apoderarse de sus propiedades, sin valerse ya de aquel sañudo lenguaje que poco antes empleara. Ya en las Córtes constituyentes se pronunció por uno de los principales prohombres de este partido, un notable discurso en favor de la unidad religiosa, que indicaba el nuevo curso que iban tomando las ideas. Posteriormente, y dejando aparte la cuestion de las propiedades en que la naturaleza del asunto debia ofrecer un carácter especial, por mas esfuerzos que se hayan hecho no se ha podido recabar que la revolucion propiamente dicha, escogiese al clero por blanco de sus ataques. Todo cuanto se ha visto en esta parte ha sido facticio, no ha sido popular, no ha participado de aquel calor que en un círculo mas ó menos extenso se veia en el año 35; no parece sino que la revolucion ha dicho: «los que quieren atizarme contra el clero, tratan de distraerme; yo me complazco en derribar al poderoso, y el clero ya no lo es.»

Á este propósito es sumamente digno de observarse lo

que sucedió con el proyecto del señor Alonso. Prescindamos de cuál sería la mira del señor ministro en arrojar en medio de la nación esa tea incendiaria; dejemos aparte, si efectivamente abrigaba la idea de captarse popularidad, halagando las ideas revolucionarias, y mostrando que el gobierno se proponía marchar á la cabeza del movimiento arrojándose de golpe á los últimos extremos en las materias mas delicadas; pero de cierto que si tal fué su intención, halló un amargo desengaño, así en la prensa como en la tribuna. Donde no encontró oposicion el malhadado proyecto, fué recibido con frialdad, con indiferencia; y la mas suave leccion que alcanzó el desacuerdo del ministro, fué el silencio. Este fenómeno es grave, gravísimo, sumamente significativo, pues que indica la situacion de las ideas, y que toda tentativa de cisma no encontraria el apoyo que algunos creen, ni en el mismo elemento revolucionario. Desde los acontecimientos del año 40, se han presentado desembozadamente en la arena política los partidarios de una libertad mas lata, llegando hasta el punto de proponer la abolicion de la monarquía y el establecimiento de la república; pues bien, esos nuevos campeones, á quienes de seguro no se puede aplicar el título de retrógrados, tampoco se han dirigido contra el clero, tampoco han mostrado particular tendencia á envenenar las cuestiones religiosas.

Esto demuestra la exactitud de lo que hemos observado, de que naturalmente, por el mismo peso de las cosas, va separándose la cuestion religiosa de la política; y que los partidos y las personas contendientes se inclinan á mirar aquella, como ajena á sus altercados y enconos. Y de esto nos alegramos sobremanera, porque así se logrará que ningun partido explote la influencia del clero en provecho de intereses mezquinos, y los ministros de la religion podrán quedar en una posicion alta é independiente de que nunca deben descender. El clero en España no ha de perder nunca de vista esta verdad; y sus deberes y hasta su interés exigen, que sordo á los halagos como á las

amenazas no se prostituya jamás á las exigencias de ningun partido, que no se presente como instrumento de ambiciones de ninguna clase. Porque conviene no olvidar, que la influencia del clero, aun caido como está, es mucha, muy poderosa; y los partidos, que no carecen de sagacidad y prevision, no ponen en olvido este elemento con la idea de aprovecharle cuando les sea útil ó necesario.

Importa tanto mas que el clero siga esta conducta, cuando disueltos en la guerra y revolucion todos los partidos, han venido á parar en buena parte en facciones y pandillas, sin que se descubra ninguna que pueda gloriarse de poseer un pensamiento verdaderamente nacional y que cuente con los medios para realizarle. Pero con la disolucion de los partidos no ha muerto la nación; conserva todavía en su seno un fondo de vitalidad y energía; y observando atentamente el curso de las ideas y de los acontecimientos, se nota que se va rejuveneciendo aun en medio de los desastres y de ese marasmo en que actualmente se halla, presentando no escasas esperanzas de que volverá á recobrar un dia el puesto que le corresponde en el congreso de las naciones.

Las grandes ideas, que para su triunfo no han menester sórdidos manejos, ni mezquinos apoyos, deben reservarse puras, intactas, sin descender al inmundo fango de las pasiones, seguras de que la Providencia les tiene señalado en el porvenir la hora en que hayan de brillar de nuevo con todo su esplendor y hermosura. Y entre tanto no quedan estériles, obran todavía en el corazon de la generalidad de los españoles, y su influencia es tanto mas eficaz, cuanto se ve con toda claridad que sacan de sí mismas toda la fuerza, que no la mendigan á los gobiernos, que no la obtienen de los recursos materiales, pues que se ven obligadas á ejercer su accion en medio de la pobreza y del abandono de la clase que las representa.

Tan profundamente convencidos estamos de estas verdades, y de que las ideas religiosas no deberán su triunfo á combinaciones políticas, que antes bien esperamos, que

si la lenta reaccion que decididamente se ha manifestado en su favor, fuese secundada por una medida que tranquilizando las conciencias, hiciese desaparecer de una vez todos los temores del cisma, proveyese á las iglesias de pastores, fijase definitivamente la suerte del clero, y restableciese en todos los puntos la buena armonía con la corte de Roma, podria esta reaccion aprovechar sobremanera para calmar la irritacion política, conciliar los ánimos, y preparar un desenlace pacífico al gran drama que estamos presenciando. Porque, no se curan los males de una nacion con golpes de Estado, no se cierra la sima de las revoluciones con reacciones violentas, no se cambia la situacion social de un pueblo con una intriga diplomática ó con un meditado protocolo, no se allanan como por encanto todos los obstáculos, ni se salvan todos los inconvenientes, ni se sueltan todas las dificultades con la mayoría de un monarca, ó con su casamiento; el mal que tiene causas profundas, necesita duraderos y eficaces remedios; lo que trae su origen del estado social de un pueblo no se muda por un simple cambio de personas.

Encarados unos con otros los partidos, librándose refiida batalla en el campo de la discusion, no sin riesgo una que otra vez de llegar á las manos, no suelen expresar con toda franqueza sus principios y sus proyectos, porque están recelosos de que los adversarios no tomen acta de las palabras, sacando de ellas consecuencias que pudieran perjudicar la causa que respectivamente defienden. Pero si fuera posible oír á los prohombres de todos ellos, formulando cada cual su sistema de gobierno, y manifestando cándidamente la mayor ó menor confianza que del buen éxito alimentan, á buen seguro que no se encontraría ese tono decisivo que parece indicar una inalterable certeza de los principios y una firme seguridad de alcanzar felices resultados. Todos andarian perplejos, vacilantes, todos participarian de esa incertidumbre, de esa ansiedad sobre el porvenir, que todo el mundo siente, aun cuando sean muchos que no acierten á darse razon de sus causas.

No es la política la que ha de salvar la religion, antes bien la religion ha de salvar la política; y bajo este supuesto deben caminar todos los hombres leales y concienzudos que de una ú otra manera pueden influir en los destinos de la nacion. Cuando los pueblos han llegado á la triste situacion en que se encuentra el nuestro, es necesario obrar sobre ellos por medios mas eficaces que los suministrados por la política. Véase como es esta la senda que sigue la parte mas escogida, la menos preocupada, la menos corrompida, la juventud; véase como en su aficion al estudio, en su alejamiento del bullicio político, en su templanza precoz, está dando una leccion severa á los hombres que en edad mas proveyta la están escandalizando con sus doctrinas disolventes, con sus máximas de des-gobierno, con sus odios, rencores y venganzas; véase como esta juventud se está preparando en silencio para una nueva era que mas bien presente, que prevé; y como apartada de todos los partidos, ó mas bien despreciándolos, les deja que se la apropien, reservándose desmentirlos solemnemente el dia que se encuentre llamada á hablar y obrar.

Que los hombres sedientos de oro y de mando continúen disputándose el poder cubriéndose con este ó aquel distintivo, que las pasiones políticas prosigan revolviéndose en la arena que les es propia, tan manchada ya con lodo y con sangre; pero al menos que se extienda, que se generalice por la nacion la idea de que conviene, de que urge pensar seriamente en separar la cuestion religiosa de la política, de que es altamente dañoso el mirar aquella como un apéndice de esta, y de que tan léjos está la primera de ser dominada por la segunda, que antes bien ella prepondera sobre todas las demás, y su resolusion podria quizás conducir á un desenlace suave y venturoso.

Lo repetimos, alimentamos pocas esperanzas de que por ahora nuestras palabras produzcan ningun fruto; y tal es la situacion de las cosas que estamos bien seguros de que es poco menos que imposible que los negocios sigan un

curso diferente. Pero en el arrebatado torbellino que lleva revueltos los acontecimientos, son tantas las situaciones que pueden presentarse, que quizás en alguna de ellas podría aprovecharse alguna de nuestras indicaciones. Por lo mismo que ofrecen algo de singular, tememos que con el tiempo no sea menester apelar á algun medio mas ó menos análogo á los aquí apuntados; pues que tan anómala consideramos la situacion, tan negro el porvenir, que dudamos mucho que se desenvuelva sin sucesos extraordinarios; y nos quedaríamos agradablemente sorprendidos, si como esperan cándidamente algunos, todos nuestros males se hubiesen de remediar con el simple advenimiento de una época no muy lejana. No podemos participar de opinion semejante, pero envidiamos la dicha de los que se deleitaren con ese hermoso sueño.

No concluiremos este discurso sin insistir en lo que de suyo está indicando su título; á saber, que para remediar los males de la Iglesia de España no hay otro remedio, que el restablecimiento de las buenas relaciones con la Santa Sede, que un *Concordato*. Tal es la complicacion de los negocios, tales son las novedades ocurridas, que el concordato es absolutamente necesario: si álguien ha podido imaginarse que hay otro camino para salir del mal estado en que nos encontramos, se engaña lastimosamente; y todo proyecto basado sobre persuasion tan funesta conduciría la nacion á un abismo. No ignoramos del todo lo mucho que se ha disputado sobre las modificaciones sufridas por la disciplina eclesiástica en el negocio de la confirmacion de los obispos, no nos son enteramente desconocidas las cuestiones que sobre este particular se han ventilado entre los canonistas; pero sea de esto lo que fuere, no concederemos jamás, que pueda sobrevenir una extrema necesidad que legitime el proceder á dicha confirmacion sin la autoridad pontificia. Esto lo consideramos ilegal, injusto, subversivo de la disciplina general de la Iglesia, atentatorio á los derechos de la supremacia de la Sede Apostólica, y un medio seguro para dar principio al

cisma y hacer de la Iglesia española una Iglesia semejante á la anglicana. Y en efecto, cuando todas las naciones católicas del mundo reconocen en el Soberano Pontífice este derecho de confirmacion, cuando se ejerce aun en los países donde mandan gobiernos de otras sectas, cuando sean cuales fueren las discusiones que sobre gravísimos puntos han mediado entre los soberanos y los Papas, al fin siempre se ha venido á parar en reconocer este derecho, dejándole libre y expedito; ¿qué papel representaría una iglesia particular, que contra la disciplina de la Iglesia universal se propasase á darse obispos, haciéndolos confirmar por el metropolitano ó por otro, so pretexto de extrema necesidad? Desde entonces, ¿qué vínculo le quedaría que la enlazase con la Santa Sede? ¿dónde estaría la unidad? Una medida semejante, léjos de tranquilizar las conciencias, léjos de curar los males de la Iglesia, perturbaría mas y mas las primeras, y agravaría é irritaría los segundos, arrojándonos de golpe á una sima de la que no saldríamos sin un milagro de la Providencia. Estaríamos abiertamente en el cisma; si, en el cisma; y no bastarian á variar la naturaleza del hecho, ni en sí ni á los ojos de la generalidad de los españoles, todos los recuerdos de antigua disciplina, todo el aparato doctrinal que tan fácil es ostentar en este linaje de materias.

Al tratarse del arreglo de los negocios eclesiásticos, y de las desavenencias con la corte de Roma, han hablado algunos de *necesidades extremas*, de *restablecimientos de la antigua disciplina*, de *confirmacion de los obispos por el metropolitano*, recordando hechos intempestivos, y permitiéndose indicaciones altamente dañosas. Lo hemos dicho y lo repetimos, no se trata de investigar cuáles son las modificaciones que sobre puntos semejantes haya podido sufrir la disciplina de la Iglesia, sino de saber cuál es la actual de la que no es lícito desviarse: no se trata de disputar sino de negociar; no se trata de traer á colacion particulares rencores ó resentimientos en los que nada tiene que ver el público; sino de buscar los medios á propósito para

tranquilizar las conciencias y asegurar sobre bases sólidas la paz de la nacion. Que no lo olviden los hombres que en adelante hayan de mediar en este gravísimo negocio; mientras no se eleven sobre esa esfera, que lo menos malo que tiene es ser mezquina, nada se conseguirá, no será posible dar un paso en el camino de la reconciliacion deseada.

Aun prescindiendo de los principios de dogma y de disciplina, aun dejando aparte el cisma, el evidente cisma en que se precipitaria la Iglesia española si consintiese la alteracion de la disciplina universal sobre el negocio de la confirmacion de los obispos; aun olvidando por un momento la afliccion que acongoja á todo espíritu católico á la sola idea de que pudiera intentarse un paso tan criminal; parécenos imposible que semejante medida ocurra como realizable á nadie que conozca medianamente la situacion de España. En efecto, suponed que se acomete la desatentada empresa, que se procede á la confirmacion de los obispos por medio de los metropolitanos. En primer lugar, ¿cuáles serán los metropolitanos que á tanto lleven su atrevimiento, que hasta tal punto prostituyan su conciencia, que de tal suerte arrosten la fea responsabilidad en que incurren á los ojos de Dios, de la Iglesia y de la nacion? ¿conoceis muchos metropolitanos, ni lo que se llama *obispos antiquiores*, que á esto se prestasen? Dificil es penetrar en el corazon de los hombres; solo Dios sabe lo que alcanzarían á recabar las promesas ó las amenazas; pero nosotros tenemos la firme conviccion de que fueran muy contados; y abrigamos la esperanza de que no se hallaria ni uno solo; porque sean cuales fueren las doctrinas particulares que profese esta ó aquella persona, cuando se llegaria al caso de aplicarlas, cuando se alzaria la voz del Vicario de Jesucristo condenando el atentado y á los que de él se hiciesen cómplices, cuando de todos los ángulos de la nacion eminentemente católica se levantaria un grito de reprobacion y de horror, cuando la totalidad del clero, fiel á sus deberes, se resignaria al destierro an-

tes que hacer traicion á su conciencia, entonces, no lo dudamos, tambien se sentiria detenida la mano preparada para consumir el sacrilegio, tambien el hombre extraviado cejaria del camino de perdicion, y se reuniria de nuevo al redil de la Iglesia, si es que por algunos momentos en su corazon se hubiese apartado de ella.

Pero, demos por supuesto que no se verificase de esta suerte, y que además hubiese algunos hombres bastante obcecados para recibir la confirmacion de una mano cismática; ¿qué sucederia? Cuando se presentarian á las diócesis para regir una grey que no les fuera encomendada por el Espíritu Santo ¿cómo los mirarian los pueblos? ¿cómo se acatarian sus disposiciones? Ni los sacerdotes ni los fieles consentirian en rendir obediencia á un intruso, que sin mas mérito que su ambicion, ni mas titulos que los librados por potestades incompetentes, se sentaria en la cátedra episcopal, siendo de continuo una manzana de discordia y una piedra de escándalo. Y acaeciendo lo mismo no tan solamente en esta ó aquella diócesis, sino en casi todas las de España, pues son ya muy pocas las que no cuentan ó difunto ó ausente su legítimo pastor, ¿quién no concibe el desórden, la confusion, el caos que se introduciria por todas partes? ¡Cuánta turbacion de conciencias! ¡cuántos y cuán violentos esfuerzos para sostener la desatentada medida! ¡cuántas delaciones, cuántos procesos, cuántas persecuciones, cuántos desastres! Vano fuera hablar de *necesidades extremas*, vano recordar la antigua disciplina, vanos todos los preámbulos de los decretos en que se prescribiese la sumision á los intrusos, vanas todas las pláticas y pastorales y discursos de estos para convencer de su legitimidad; mil y mil plumas demostrarian la infraccion de los sagrados cánones, la subversion de la disciplina, el quebrantamiento de la unidad; mil y mil lenguas se emplearian pública ú ocultamente en combatir el funesto error; y el pueblo español, católico por ideas, por costumbres, por hábitos; este pueblo dotado por la Providencia de un admirable tino para discernir al lobo

aun cuando se cubra con la piel de oveja; el pueblo, repetimos, dirigiéndose á los falsos pastores les diria: « nosotros no sabemos de estas cosas tanto como vosotros; pero lo que no podemos ignorar es, que no os hemos visto entrar por la puerta; y quien por ella no entra, es un ladrón, segun la enseñanza del Divino Maestro. »

Hé aquí los resultados que sin duda alguna acarrearía el arrojarse á resolver las cuestiones eclesiásticas sin la intervencion de la Santa Sede: hé aquí una perturbacion universal, profunda, duradera, á la que no sería dable ponerle término sino volviendo las cosas á su estado primitivo. Porque en vano esperan algunos que se pudiese consolidar entre nosotros el establecimiento cismático, formándose una iglesia separada á manera de la de Inglaterra; los tiempos han cambiado, el violentar las conciencias se ha hecho mas difícil, las circunstancias en que se encuentra la España en nada se parecen á las del reinado de Enrique VIII. Además, para mudanzas de esta naturaleza es preciso contar con la prevaricacion de una parte considerable del clero; solo de esta manera se consigue arrastrar numerosos partidarios del pueblo incauto, que extraviado traidoramente por sus guías, abraza la destruccion bajo el nombre de la reforma, y se entrega á la licencia apellidando libertad. Gracias á la infinita bondad del Todopoderoso, esto no se verificaria en España; y cuando lo decimos, no hablamos con ánimo de lisonjear al clero, ni con la mira de alentarle para las crisis que puedan sobrevenir; consignamos un hecho generalmente reconocido, y que la desgracia de los tiempos ha evidenciado hasta el mas alto punto, cubriendo de gloria á la Iglesia de San Leandro y de San Isidoro, consolando el corazon de todos los fieles del orbe católico, é infundiendo las mas legítimas esperanzas de que todos los sufrimientos que ha padecido esta escogida porcion de la sagrada grey, servirán para sacarla triunfante de todos sus enemigos, y prepararla mas y mas para cumplir la divina mision que le está encomendada.

Convénzanse de estas verdades todos los hombres públicos que fueren en adelante llamados al gobierno de la nacion, sean cuales fueren sus opiniones políticas, y hasta sus ideas religiosas, penetrándose de que este complicadísimo problema que aqueja y abrumba á la nacion española no tiene otra solucion posible que un concordato. Y ya que desde luego se echa de ver el punto á que es necesario enderezarse, conviene caminar hácia él con sinceridad y buena fe, cuando se trate seriamente de poner término á los males de nuestro infortunado país.

Por de pronto, fuera de la mayor importancia, que todos los órganos de la opinion pública, sean cuales fueren sus diferencias políticas, se pusiesen francamente de acuerdo sobre este punto, asentando el concordato como una de las bases primordiales de los programas que vayan formulando. Han llegado ya las cosas á tal extremo, son tantos los desengaños y escarmientos que se han recogido, es tanto el cansancio que produce en los espíritus una situacion tan penosa, es tan profunda la conviccion que se han formado todos los hombres pensadores de que los asuntos eclesiásticos no pueden continuar en esta lamentable interinidad, sin resultar daños de gravísima trascendencia, es tan decidida la reaccion que del modo mas natural y espontáneo se está verificando en los ánimos hácia las ideas religiosas, que sería muy agradable á la inmensa mayoría, mejor diremos á la totalidad de la nacion, el que por medio de declaraciones francas, explícitas, terminantes, se manifestase la decidida voluntad de una reconciliacion con la Santa Sede, cerrando de esta manera la puerta á toda tentativa cismática. ¿Quién puede tener interés en oponerse á esa reconciliacion? solo cabe suponer tan maligna voluntad en quien se complazca en tiranizar las conciencias, en oprimir á un clero abatido y despojado, en ver como se desmoronan los magníficos templos que nos legara la piedad de nuestros mayores, en detener el torrente de las ideas de la generalidad de la nacion, en falsear la libertad, en violentar el curso de los acontecimientos,

en envenenar todas las cuestiones esparciendo abundante semilla de agitacion estéril, de discordia funesta.

Nuestras palabras indican bastante que no hablamos con designios interesados, ni con intento de secundar las miras de ninguna bandería política: el amor á la religion católica, el vivo deseo de que se conserve y prospere entre nosotros, el anhelo de que se restablezcan la paz y la concordia entre los españoles, afianzándose sobre bases sólidas y duraderas, hé aquí los motivos que nos han impulsado á dar á luz estos artículos, hé aquí el norte que ha guiado nuestra pluma. Si de algo pudiese servir alguna de las indicaciones emitidas, rogamos á los aventajados escritores que se distinguen en nuestra prensa, que procuren desenvolverlas y aclararlas con mayor felicidad de la que á nosotros nos fuera dado; entre tanto los invitamos á que secunden nuestras miras de reconciliacion, y que no se avergüencen, viviendo en la patria de Recaredo, de proclamar altamente que la nacion española no ha olvidado todavía la sublime escena del Pontificado de San Gregorio, y que desea presenciar otra semejante en el de Gregorio XVI. — J. B.

CATALUÑA.

CONSIDERACIONES SOBRE LA CONDUCTA QUE DEBEN OBSERVAR

LAS CLASES RICAS CON RESPECTO Á LAS POBRES.

En el mundo social como en el físico, todo está ordenado admirablemente por la mano de la Providencia; solo que, así como en este reina una absoluta necesidad, por estar compuesto de seres que faltos de razon y por consiguiente de eleccion, obedecen ciegamente al impulso de

las leyes á que están sometidos; en aquel, estando de por medio el libre albedrío del hombre, se ha dejado al ejercicio de esta facultad una anchurosa esfera, donde pudiese obrar con entero desembarazo, escogiendo el bien ó el mal, la vida ó la muerte. No marchando el mundo á merced del acaso, sino bajo la direccion de aquella mano todopoderosa que se extiende de *uno á otro extremo, y lo dispone todo con suavidad*, claro es que la sociedad ha de estar regida por ciertas leyes, que establecidas por el mismo Criador, sean independientes de la razon y de la voluntad del hombre. Estas leyes pueden ser quebrantadas; pues que Dios imponiéndolas no quiso despojarnos de la libertad, y nos ha dejado lugar para tomar el camino que mas nos agrade; pero tambien se ha reservado el restablecer el equilibrio perdido por la infraccion de la ley, castigando severamente al culpable, ora fuese el individuo, ora una clase, ora la sociedad entera.

Así vemos, que de la propia suerte que el individuo comienza en esta misma vida á experimentar las funestas consecuencias de su mala conducta, ya echándose á perder su salud, ya mancillándose su honor, ya disipándose su fortuna, ya con los padecimientos del corazon, que vive atormentado de agudos remordimientos y angustiosa pesadumbre; así tambien la sociedad tan pronto como se aparta del camino que le señalaran la infinita sabiduría y la inagotable bondad del Criador, sufre desde luego la pena merecida; comenzando primero á sentir la inquietud, la desazon, los disturbios pasajeros; hasta que al fin si se empeña en no volver de su extravío, en no tornar al buen sendero, se llena la medida de la indignacion del Altísimo, y la terrible copa de la justicia divina se derrama sobre las generaciones culpables como torrentes de encendida lava.

Entre estas leyes impuestas por el Criador á la sociedad, figura una cierta, clara, evidente, indeclinable, y es la obligacion de las clases poderosas de emplear en bien de las necesitadas, los medios de que disponen. Ley inspira-